LA SOMBRA DE UNA REALIDAD URGENTE

Palabras de apertura
IV Simposio Internacional Memoria Conflicto y Paz
Programa de Formación Social y Humanística
Universidad del Cauca

"El ser no puede ser dicho en su realidad sin la relación con el Otro". Con estas palabras termina Emmanuel Levinas su texto *La realidad y su sombra* (2001), palabras que no amplía, pues considera que es tema para una exégesis filosófica del arte; no obstante, abren la externalidad de una presencia que recusa la plasticidad y función de los objetos que demandan una relación trascendente y radical; es decir, los objetos o cosas comportan una presencia para alguien, lo que a su vez confiere un significado que va más allá de ser una imagen útil o plástica de los mismos.

La imagen, igual que el sonido y la expresión, es lo que capta el artista que nos hace sentir la realidad más acá de lo que esta nos dice. Esto, gracias a la evasión de un ser que se mira en el propio misterio que le asiste. Ser que escucha y siente a partir de una exterioridad que lo interpela incesantemente, que no es más que la sombra de una realidad que nos pretenden proyectar; sombra que no es el reflejo de una luz, sino la otra cara de la realidad; una verdad que está más acá del develamiento o genio de una mente solitaria.

El arte nos permite experimentar una posición distinta de la vida a partir de una temporalidad que desborda nuestra existencia. Por esto, no nos es extraño escuchar al interior del arte la palabra com-posición: una posición otra o

posición compartida para sentir los objetos que se nos dan en el tiempo y en el espacio; una relación emergente y distinta para habitar el mundo, no-lugar para aproximarnos al otro, otra mirada de las “cosas”, o tal vez, un sentirse en medio de estas; con otras palabras: un *ir a las cosas mismas*. Por ejemplo, un gancho, un vaso, un pincel, una camisa, una jarra, un jabón, un tablero, una tiza… objetos que salen desde el mismo fondo donde están instalados, para ser partícipes de una humanidad que los significa como utensilios, más ahora, son vistos en todo su esplendor. Al menos, en esta ocasión, y quizás por única vez, no les llamemos objetos, nombrémosles sub-jetos; o sea, otorguémosles un carácter subjetivo. Ellos salen escurridizamente de su funcionalidad e instrumentalización, para inmiscuirse por los intersticios y ranuras de nuestra subjetividad y así, como hacen los artistas, bailar o acompasarnos con ellos.

Los sub-jetos: un lápiz, la macilla, un pincel, una camisa, la flauta, un lienzo, una zapatilla, un suéter o un sombrero…, no son meramente utensilios que sostienen nuestras manos para escribir, pintar, esculpir, diseñar o bailar; tampoco son accesorios que cubren nuestros cuerpos para resguardarnos del frío o del calor… estos no esperan de nosotros la manu-tención sino que se colocan ante nosotros para sorprendernos y decirnos que las “cosas” simples de la vida –como el utensilio– pasan a ser el gozo que forja nuestra felicidad. Dice el filósofo francés: “el objeto vivido ocupa la vida en tanto que objeto, pero la visión del objeto forja la alegría de la vida”; de esta manera, comprendemos que el objeto compartido para el otro, así como nuestros más hondos sufrimientos y tristezas, pasan a ser sub-jetos que brotan de nuestra subjetividad para decirnos que ya no vivimos el dolor o la alegría, sino que vivimos de dolores y alegrías.

Cuando los objetos o “cosas”, ocupan la pre-eminencia que no esperábamos de estos, nuestra función “utilitaria” se hace pequeña. Con asombro levantamos la cabeza para ver la magnitud de un pincel desgastado, una pared roída, un juguete mordido, un mantel arrugado, el polvo en un vaso y una llave entre-abierta; huellas indelebles que nos dicen que alguien ha estado ahí, el tiempo ha estado allí. Nos damos cuenta, con el pasar de los años, que nuestros ojos solo han fijado su mirada en lo inmediato y efímero de la vida; la identidad se ha tornado en eficiencia y dejamos de percibir *lo profundo en lo simple y lo importante en lo pequeño*. Sin embargo, los objetos –o más bien, sub-yectos– siguen ahí, desnudando nuestra humanidad, convertidos en obra en las manos de un artista que nos hace ver la sombra de una realidad imperceptible.

Hoy, donde el vidrio es la muestra de una huella pasajera que se mueve en el mundo de lo táctil; serán los sub-yectos lo imperecedero de la obra. Estos nos hablan de una presencia, de una existencia, de un alguien que no podemos olvidar, caso de la obra *Las camisas* de la artista colombiana Doris Salcedo (2015), en esta se expone la vida desgarrada de los desaparecidos en Colombia; *Las camisas*, como objeto cotidiano, siguen esperando al que aún no llega para ser nuevamente puestas por él o ella; prescindir de la camisa que usaba la persona desaparecida, es como declararla muerta para una familia que todavía espera. La presencia del objeto es aferrarse a la esperanza de que un día llegará. Walter Benjamin nos dijo hace casi cien años en *Experiencia y pobreza* (1933), que la rugosidad de los objetos y los cuartos oscuros guardan las sombras que nos dejó el siglo de las luces; luz incandescente de razón envanecida y ceguera liminal que terminó obnubilada en los espejos de sus propias ilusiones.

¿Qué nos queda de esta oscura-claridad que nos dona el arte? El pincel molido del artista, la *Escritura del desastre* de Maurice Blanchot (2015), las zapatillas heridas de la bailarina que se hace expresión, *las camisas* planchadas que siguen esperando; pero también, la voz de quienes gritan injusticia y se hace canción. Todos ellos nos muestran la historia de nuestra pequeñez, nos dicen que por un momento desviemos la mirada altiva de lo que divierte y consume, y nos volquemos a ver esa humanidad ausente que nos oculta la luz. La mano del artista se ha dejado moldear por el sub-jeto, para narrarnos cuan diminutos somos en nuestras apariencias, y cuan grandes son ellos al ser co-extensivos de una subjetividad que nos habla.

Que en la universidad la *luz brille a la posteridad*; pero también, su sombra a través del ojo, la voz, la mano, la piel, el ritmo… el cuerpo del artista. Recordemos que toda sombra va acompañada de luz para alumbrar los objetos que diariamente nos muestra el arte-vida. Espacios de encuentro para la sensibilidad y la inclusión, a fin de recrear y afrontar los retos que se nos impone en esta época insospechada. El torrente diverso del arte, en sus múltiples vertientes y flujos de expresión, se intersectan para reflexionar *La memoria, el conflicto y la paz*, pensados en el límite constituyente de toda emergencia minoritaria, que se resiste a ser cooptada para la violencia transaccional de los objetos. El arte se halla en el umbral de un tiempo que toca nuestras puertas de manera silenciosa y perentoria. Pensarlo en relación con la formación universitaria y las humanidades, es la demanda urgente que se conecta con diferentes disciplinas para establecer múltiples maneras de ver la realidad desde su sombra, y así sentir, en la proximidad, la tan anhelada paz y reconciliación en nuestros territorios.

Referencias

Benjamin, W. (1982). “Experiencia y pobreza” [1933]. En *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus.

Blanchot, M. (2015). *La escritura del Desastre*. Madrid, Trotta.

Levinas, E. (2001). *La realidad y su sombra*. Madrid, Mínima Trotta.

Salcedo. D (2015). La metáfora de los desaparecidos. *Rev. Descubrir el arte*. https://www.descubrirelarte.es/2015/02/24/doris-salcedo-metafora-de-los-desaparecidos.html

Luis Guillermo Jaramillo E
Nov 24 de 2021